

## Una relectura de «El Príncipe»\*

Sabino FERNÁNDEZ CAMPO

Quisiera comenzar expresando mi agradecimiento a la Universidad «Francisco de Vitoria» por concederme el honor y la satisfacción de encontrarme hoy ante todos vosotros, para hacer algunas consideraciones sobre «El Príncipe», de Maquiavelo, e intentar una relectura de algunas de sus partes, teniendo en cuenta que las teorías del florentino pueden, al menos en parte, estar de actualidad en todos los tiempos.

Gracias, pues, por vuestra deferencia y un reconocimiento especial a mi querido y admirado amigo, el profesor Mario Hernández Sánchez-Barba, que tan generoso y amable se ha mostrado al efectuar mi presentación en este acto.

«El Príncipe», de Nicolás Maquiavelo, es una obra famosa de la que todo el mundo habla —la haya leído o no— y cuyas numerosas ediciones, en los más variados idiomas, han ido precedidas de prólogos eruditos y documentados, de comentarios y análisis profundos y de detalladas biografías de su autor.

En consecuencia, intentaré tan solo hacer unas reflexiones, en cuya sencillez puede estribar su único mérito, porque serán las de una persona corriente que ha tenido la oportunidad de conocer, desde observatorios privilegiados y durantes bastantes años, acontecimientos históricos y políticos de distinto signo.

En «El Príncipe» pueden descubrirse dos aspectos fundamentales: El de los *detalles* referidos a hechos concretos, y el de los *principios generales*, expuestos con una mayor permanencia teórica. Por lo tanto, tal vez será conveniente en este comentario, pasar por una especie de imaginario tamiz toda la obra, de

---

\* Texto íntegro de la conferencia pronunciada en el Salón de Grados de la Universidad «Francisco de Vitoria» el día 5 de mayo de 2008.

forma que a través de él se pierda cuanto pueda considerarse circunstancial y falto de actualidad, para retener, en cambio, las teorías políticas más perdurables.

Pero de ese filtro de lo circunstancial e inadaptable, para que nos quede lo constante y substancial que se desprende del libro, cabe obtener, tal vez, un resumen más o menos desconsolador o pueden recogerse determinados consejos que son siempre aprovechables. Unas veces para seguirlos al pie de la letra, otras para meditar sobre ellos y comprender que su improcedencia debe inducir a hacer lo contrario de lo que sugieren.

En todo caso «El Príncipe» es un libro del mayor interés, como se deduce, precisamente, del cúmulo de opiniones que sobre él se han formulado y de la diversidad de los juicios que ha merecido.

Desde su publicación, podemos comprobar que de Maquiavelo se ha dicho de todo. Escandalizó a muchos, influyó en algunos y mereció, en general, numerosos reproches que, como suele ocurrir antes y ahora, contribuyeron a popularizarlo y difundirlo, sin dejar de incluir en la crítica, para proporcionales un mayor atractivo, el tema de la vida privada del autor, no demasiado edificante.

Quizás los que le critican con más saña son lo que no se atreven a aplicar sus teorías, y los que le alaban abiertamente lo hacen porque les conviene aplicarlas y encuentran en ellas apoyo y justificación.

Es difícil descubrir en los juicios el término medio. Un término medio que es precisamente lo que Maquiavelo no encuentra posible y pertinente aplicado a la política.

Entre el inmenso número de estudios que se han hecho sobre «El Príncipe», lo cierto es que, como regla general, el «maquiavelismo» a que ha dado lugar el libro de Maquiavelo se define como el empleo de la mala fe, cuando sea necesario, para sostener la política de un Estado; como el modo de proceder con astucia, doblez y perfidia.

¿Será ésta su definición exacta?

No podemos dejar de pensar que, como suele ocurrir en muchos casos y con respecto a libros tan claros, directos y sucintos —casi podríamos decir des-

vergonzados y escandalosos— como el del famoso florentino, se va muchas veces en la glosa, en el comentario o en la interpretación, bastante más allá de lo que pensaba o de lo que pretendió decir su autor.

A continuación trataré de escudriñar y hasta de fantasear sobre los propósitos de Maquiavelo al escribir «El Príncipe». Pero lo cierto es que esta obra, no sólo ha excitado el interés de los hombres de acción de todos los tiempos, sino que, de una u otra forma, les ha servido de inspiración.

La descarada claridad de Maquiavelo y la forma en que aconseja al príncipe —es decir a quien ostenta el poder— unos procedimientos despiadados, sin disimulo ni recato, puede inducirnos a buscar algunas razones, más menos originales que, tal vez, pudieron influir en él.

Es verdad que sus asertos más duros y radicales tratan de apoyarse siempre en lo que pudiéramos llamar un estado de necesidad, en el carácter extraordinario de una situación concreta.

Pero la generaliza de tal manera que la convierte poco menos que en normal y continuada.

Tal vez, su verdadero pensamiento está en los «Discursos», pero lo distorsiona en «El Príncipe» para halagar a quien van destinados los consejos y expresar lo que éste prefiere oír, en lugar de aquello que, en realidad, le apetece decirle. Quizá le fuera aplicable aquella frase de Tácito en los «Anales»: *«Sabía muy bien Germánico que los tribunos y centuriones tienen por costumbre decir las cosas más como saben que han de agradar que como ellos las entienden»*.

¿Podría ser este el caso del autor de «El Príncipe»?

No podemos, tampoco, dejar de pensar en el interés que le animaba de halagar a los Médicis para conseguir su favor, siguiendo la costumbre de los tiempos.

Y, al fin y al cabo, Maquiavelo se había quedado sin empleo. Se admite, generalmente, que comenzó la redacción de los «Discursos» poco después de su cese como Secretario de la Cancillería y que interrumpe esta obra para dedicarse a redactar «El Príncipe» de un tirón. Quizá planeó escribir este libro —tan distinto de aquel al que se estaba entregando y que hoy conviene leer conjuntamente con «El Príncipe»— como un medio para volver a la política activa al ser-

vicio de los Médicis. De ahí que pensara dedicar la obra a Giuliano de Médicis y que, a la muerte de éste, la dirigiera a su sobrino Lorenzo. No será sólo su empeño de promoción lo que motive el libro, porque sin duda, existen otras razones y móviles; pero no podemos dejar de pensar en la conveniencia que para él tendría exponer las ideas que deseaban ser recogidas por quien debía aplicarlas.

El último párrafo de la dedicatoria de «El Príncipe» es bien significativo al respecto: *«Y si alguna vez Vuestra Magnificencia, desde la cumbre de su poder, dirige los ojos a este humilde lugar, se dará cuenta de cuán indignamente tengo que soportar los continuos y duros ataques de una suerte adversa».*

Aspira, en fin, a que se le «eche una mano», como vulgarmente se dice en nuestros días.

Maquiavelo despierta o robustece en su obra los principios perversos de los que ostentan o detentan el poder, las pasiones de quienes quieren conseguir conservarlo a toda costa, la maldad que reposa en el fondo de todo hombre como un demonio que no siempre es fácil domeñar.

Pero la situación personal de Nicolás Maquiavelo puede también conducirnos a una idea más original y, sin duda, disparatada que, sin embargo, no me resisto a insinuar. Porque cabe, incluso, que en «El Príncipe» puedan descubrirse el humor y la sátira, tan sutiles que cueste trabajo llegar a comprender de qué manera ejerce una crítica despiadada al poner de manifiesto con crudeza, pero bajo el velo del elogio o del consejo, el retrato de la realidad. Pudiera suceder que su verdadera pretensión sea despertar la conciencia y la alarma de los ciudadanos, con respecto a lo que el tirano está haciendo o el príncipe sin escrúpulos puede llegar a hacer.

¿Será «El Príncipe» una sátira agudísima, una verdadera burla? ¿Pretendía divulgar indirectamente lo que no podía hacer de una manera directa contra dos potencias rivales: La Iglesia y los Médicis? ¿Desearía mostrar al desnudo el poder político de cuya realidad fue testigo?

¿Quién era, en definitiva, Nicolás Maquiavelo? ¿El tirano de «El Príncipe» o el republicano, demócrata y liberal de los «Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio»?

Cualquiera que sea la auténtica personalidad de Nicolás Maquiavelo y, aunque no podamos desenmascarar el secreto de los impulsos últimos que le lleva-

ron a escribir «El Príncipe», lo cierto es que el libro contiene una tesis y establece unas teorías que nos resultan bastante penosas y desilusionantes, pero siempre dignas de atención.

Puede ser que Maquiavelo haya hecho de «El Príncipe» un espejo en el que se refleja la realidad de su mundo. Declara y escribe lo que los hombres hacen, no lo que deberían hacer.

Según su teoría, es necesario a quien gobierna una república presuponer que todos los hombres son malvados. Y que nunca obran bien si no es por necesidad.

No es fácilmente concebible este materialismo absoluto que sólo atiende a la parte peor del ser humano.

Para Maquiavelo, no es indispensable que un Príncipe posea de verdad grandes cualidades, pero sí lo es que parezca que las posee. Es más —añade— *«me atrevería, incluso, a decir que poseerlas y observarlas siempre es perjudicial, mientras que fingir que se poseen es útil; es como parecer piadoso, fiel, humano, íntegro, religioso y, además, serlo realmente; pero, a la vez, tener el ánimo dispuesto para poder y saber cambiar las cualidades opuestas, si es necesario.»* Es decir, no separarse del bien, si se puede, pero saber entrar en el mal si hace falta.

Es preciso, pues, si se desea triunfar en la política, mentir, engañar, simular, faltar a la palabra y a la verdad.

Pero me atrevo a pensar que no puede considerarse a Maquiavelo tan esencialmente malo como para asegurar que no hay en el mundo ninguna persona buena o que no haya una parte buena en alguna persona. Por eso, las consecuencias pueden ser aún más peligrosas al radicar en ellas una faceta extraordinariamente grave: Es posible que Maquiavelo no ignore la existencia de esos principios morales que también se dan en los humanos. Pero él los excluye de los humanos que se dediquen a la política. Con lo cual llegamos a la creación o delimitación de un sector de la sociedad —el que a la política se dedique— que para triunfar y conseguir sus propósitos tiene que prescindir de todo tipo de virtud ética y entregarse a un materialismo total e inmisericorde. Por eso dice Maquiavelo en «El Príncipe»: *«El que aspire a mantenerse en el poder tiene que aprender a no ser bueno y a utilizar esa capacidad en la medida que las necesidades le impongan».*

Sus recetas son, en ocasiones, estremecedoras. El Príncipe, por ejemplo, no debe preocuparse por incurrir en aquellos vicios sin los que difícilmente se puede salvar el Estado. Puede caer en la infamia de ser cruel y contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión, y utilizar, según convengan las máscaras de la zorra o el león.

Maquiavelo, con «El Príncipe», dio carta de naturaleza política a la vieja máxima de que el fin justifica los medios.

Impresiona la frialdad con que Maquiavelo se expresa cuando aconseja textualmente: *«A los hombres hay que congraciárselos con un trato de favor, o destruirlos, porque pueden vengarse de las afrentas leves, pero no pueden vengarse de las graves; por eso, cuando se ofende a un hombre, hay que hacerlo de forma que no haya que temer posibles venganzas.»*

La primera impresión que nos produce «El Príncipe» es que la política constituye algo especial, que ha de ejercerse y juzgarse exclusivamente desde el punto de vista de la razón de Estado. De esa razón de Estado tantas veces esgrimida, pero que suele identificarse, invariablemente, con los deseos, las ambiciones los intereses de quienes estiman encarnarla y la definen. Todo es válido para lograr la conquista del poder, su ejercicio, su conservación y su eficacia.

De «El Príncipe» puede deducirse que hay en el mundo dos códigos éticos: El privado y el de la política. Y el pesimismo nos invade, porque las consecuencias no pueden ser más tristes.

Está permitido engañar al pueblo, atraer temporalmente la voluntad de los hombres con el único propósito de conseguir su confianza, aunque después se le traicione.

Según Maquiavelo, las gentes son de naturaleza voluble y no resulta difícil convencerles de algo, pero puede ser muy complicado mantenerlas en esa convicción. Por eso conviene organizar las cosas de tal manera que cuando el pueblo ya no crea, se le pueda obligar a creer por la fuerza.

En este pensamiento se contiene todo un sistema de propaganda y violencia.

¿Siente, realmente, Maquiavelo, lo que dice?

Sinceramente, no me atrevería a asegurarlo. El mismo parece alarmarse un poco de su impiedad y da la sensación, en su obra, de que está discutiendo continuamente con un interlocutor ideal e imaginario.

Tal vez, su pensamiento puede resumirse en esta frase suya: *«Uno puede salvar su alma o puede mantener o servir un gran y glorioso Estado, mas no siempre puede uno hacer al mismo tiempo las dos cosas.»*

Según Maquiavelo, es posible definir como buena utilización del delito —en el supuesto de que sea admisible hablar bien del mal— la que se hace en un momento concreto y por la necesidad de conseguir o conservar la propia posición, sin volver a insistir luego en el procedimiento, sino intentando sacarle el mayor provecho posible para los súbditos.

También hoy el esfuerzo y el interés estriban en alcanzar el prestigio oportuno y la fama más elevada, para obtener los sufragios de los ciudadanos en el mayor número posible o conseguir o conservar el poder, sin duda con el objeto, en la mayoría de los casos, de realizar la política que consideran más conveniente para su país.

Sin embargo, se corre el riesgo de que los medios para lograrlo pretendan justificarse por encima de un propósito final que se diluye en la incertidumbre impuesta por las variables condiciones nacionales e internacionales de un mundo intensamente interdependiente e intercomunicado.

El aserto de Maquiavelo de que si el príncipe obtiene el éxito en la política, tiene que engañar, simular, faltar a la verdad; de ser aceptado —a veces hasta inadvertidamente— cuenta con sistemas mucho más poderosos y eficaces que los disponibles en la época del autor florentino. Maquiavelo sostiene esa teoría en unos momentos muy distintos de los actuales, en cuanto a los medios de comunicación y de difusión, a las posibilidades de propaganda, al efecto de las consignas, de las fases hechas, de los «slogans». No podía imaginar la eficacia de los ditirambos reiteradamente repetidos; de las agresiones verbales o escritas a los enemigos, a quienes se trata de desacreditar.

*«Los hombres —decía Maquiavelo—, son tan cándidos y sumisos a las necesidades del momento, que quien engañe encontrará siempre quien se deje engañar.»*

No olvidemos, tampoco —y voy a decirlo muy de pasada—, las circunstancias que en todo el mundo pueden darse en los referidos medios de comunica-

ción, a veces concentrados en personas o entidades poderosas, que los controlan y orientan como base para conseguir una seguridad en cuanto a las informaciones que puedan afectarles, y una capacidad de dominio que llega a estar por encima del propio poder político.

No sé si será oportuno recordar, a estos efectos, la frase de Juan Jacobo Rousseau: «*Que ningún ciudadano sea lo bastante poderoso para comprar a otro ni demasiado pobre como para verse obligado a venderse*».

Otra posible proyección de las ideas de Maquiavelo a nuestro mundo o, quizá mejor, la demostración tantas veces aludida de que recogía en su libro las tendencias espontáneas de los hombres, es el criterio de que el príncipe, la clase política, se rige por unas normas específicas, distintas de las aplicables al resto de la sociedad.

De ahí el peligro, hoy latente, de que se constituya una clase política dotada de cierta autonomía, con dedicación exclusiva y profesionalizada, retribuida en cuantía creciente, en la que perder el poder constituya una preocupación y un temor que dirija e inspire la forma de proceder de los que pertenecen a ella.

Y puede darse la circunstancia de que a quienes más alarma e inquieta perder el poder —en el amplio sentido de tener que abandonar un cargo político— sea precisamente a los menos válidos, a los más incompetentes, porque van a encontrar mayores dificultades para retornar a su vida anterior y para conseguir acomodarse a nuevas actividades de la sociedad civil.

Ya he observado antes, que Maquiavelo, aunque no lo mencione con frecuencia, es consciente de que existe un concepto religioso, pero que estima no es aplicable a la función política. Desaparece, pues, el deseo de ser honesto, justo y honrado para tratar de merecer una alta recompensa en otra vida futura.

También sabe que hay una ética, una moral, un derecho natural que debiera aplicarse en la sociedad. Pero únicamente en cuanto no se presente la necesidad de soluciones extremas. Y la dificultad radica en determinar cuándo y para quién ha llegado ese extremismo de los remedios.

La política maquiavélica ordinaria se hace siempre con medios extraordinarios porque es una sucesión continua de situaciones límite.



Aun en el concepto relativo de Maquiavelo, según el cual la ética en política debe ser adecuadamente graduada, sin coincidir con la del resto de la sociedad y, en el supuesto de que una y otra —la de la política y la de la sociedad— fuesen totalmente independientes, surgen las trascendentales preguntas de qué es ética, dónde se encuentra su fundamento— prescindiendo en este caso de la religión— y cuáles son sus límites.

Pareciera que en política no hay valores absolutos, sino tan sólo referidos al objetivo a conseguir, y son tanto mejores los que contribuyen a lograrlo con mayor eficacia. Para Maquiavelo, desde este punto de vista de obtener el poder por el poder, no hay nada metafísico. No hay trazas de teología platónica o aristotélica. Nada esencial. Nada de conciencia individual. Tan sólo la política por la política.

En las páginas anteriores he tratado de poner de manifiesto de qué forma han llegado a nuestros días algunas de las teorías fundamentales de Maquiavelo y la evidente o disimulada aplicación que en muchos lugares y ocasiones se hace de ellas, como inspiración de la vida política en la que actúan «los príncipes» modernos.

Y me apetece decir que es preciso luchar contra esa realidad que tenemos a la vista. No podemos caer en la desesperanza, hasta ahora confirmada, de Maquiavelo. Tenemos que emprender cuanto antes la tarea de educarnos todos para que la actividad política se perfeccione y, en la perpetua lucha entre el bien y el mal, comencemos por definir uno y otro con un baremo elevado, no sujeto tan sólo al fin práctico que se persigue, sino inspirado por ideales inmovibles. No demos la razón a Maquiavelo en el sentido de que, por predominar en el hombre los sentimientos perversos, sólo ejerciéndolos en todo su vigor, es posible triunfar en el campo de batalla donde la política se desarrolla.

Sería absurdo decir que hay que escribir un nuevo «Príncipe» en el que se establezcan fundamentos contrarios a los contenidos en el de Maquiavelo. Ya se ha hecho repetidas veces a través de la historia. Pero antes hay que esforzarse en ir convirtiendo paulatinamente a los hombres y mantener la ilusión de que los impulsos buenos vayan ganando en influencia. No será, ni mucho menos, de un día para otro, pero hay que iniciar ya esa labor purificadora, para resaltar y premiar los valores morales positivos y desterrar los censurables.

No hay más remedio que intentar y propiciar que el bien vaya imponiéndose y llegue a triunfar sobre el mal que Maquiavelo consideraba como inevitable inspiración, constante y normal, de la conducta humana aplicada a la política.

Y confiemos en que, con el tiempo y apoyados en la educación, en la reflexión y en la necesidad, el bien pueda ganar alguna vez.

Hay que dedicarse cuanto antes y con sinceridad a estudiar la democracia, como sistema insustituible, pero mejorable, que no consiste únicamente en una palabra mágica. Hay que actuar sobre la conciencia de los políticos en particular y de las personas en general, para encontrar nuevas fórmulas y conductas mejores. Hay que romper círculos cerrados de exclusiva dedicación a la política y abrir camino para una participación más activa de los ciudadanos en la gestión que a todos nos interesa.

Y entonces, sólo entonces, podríamos imaginar, no ya un nuevo libro fantástico e ideal que estableciera principios y consejos opuestos a los de «El Príncipe» de Maquiavelo, sino un clima humano y político ejemplar y renovador; inspirado por un fortalecimiento de los valores morales, que moviera la conciencia de los hombres.

Dentro de ese ensueño, se sentaría el principio de que no siempre el fin justifica los medios, ni siquiera atendiendo a esa suprema razón de Estado —tantas veces definida a gusto de quien la esgrime— si los medios no son lícitos y, mucho menos, si tampoco lo es el fin.

Reconoceríamos, en contraste con muchas opiniones modernas, que el poder no es un fin sino un medio, y que el objeto del poder no es el poder mismo.

Sin duda aumentaríamos nuestra dosis de felicidad, si llegáramos a comprender que la obsesión por la permanencia en los puestos políticos no puede condicionar todos los planes, todos los programas, todas las decisiones y todas las conductas. Si admitiéramos que no se trata únicamente de obtener el triunfo en unos comicios, cada vez más costosos y cada vez menos sinceros, a base de desacreditar al contrario en lugar de exponer los propios propósitos o de demostrar cumplimiento de los que se habían anunciado.

Los hombres de Estado, los políticos, los gobernantes, los «príncipes» de nuestro tiempo, están muy ocupados en el ejercicio del poder o en la preparación necesaria para obtenerlo o conservarlo. Tienen que limitarse a gobernar y a resolver los problemas de cada día o de un plazo muy corto, sin tiempo a reflexionar sobre el futuro que va a imponerse en atención a nuevas normas y estilos diferentes.

«Nada estrecha tanto la mente, la imaginación y esteriliza el espíritu como la política y el gobierno.» Me atrevo a recoger esta frase porque está extraída de las memorias de don Manuel Azaña y no pongo nada de mi parte. Pero hemos de reconocer que, al menos, la función de gobernar es tan absorbente, que deja poco tiempo disponible para trazar planes a largo plazo y recordar los principios que deben inspirarlos.

Y si bien, hasta ahora, he procurado referirme a los temas políticos derivados de las consignas de Maquiavelo con un carácter de generalidad, permitidme que en estos momentos se me ocurra pensar, con respecto a España, que pueden ser las Reales Academias, bajo el alto Patronazgo de S.M. el Rey, al que corresponde la misión constitucional de arbitrar y moderar el funcionamiento regular de las Instituciones, las que dediquen una parte importante de su pensamiento colectivo y de su actividad específica, al estudio de ese futuro diferente que se nos acerca como una utopía necesaria para seguir avanzando hacia el alumbramiento de otras nuevas.

Vamos a procurar entre todos brindarles a la Sociedad el comienzo de una nueva era. Que Dios nos ayude. Sí, como decía el Ingenioso Hidalgo: «Ayude Dios con lo suyo a cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intención sana.»